



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana.**

### **¿Quién es Jesús?**

*(Inspiradas en la obra de Heinz Schürmann  
“El Destino de Jesús, Su vida y su muerte”.)*

S.M.I. Catedral de La Habana  
20 de febrero de 2008.

### **Segunda Catequesis**

#### **Jesús: el orante**

Como vimos en la catequesis anterior lo propio de Jesús, lo característicamente jesuánico, como dirían los teólogos, lo encontramos en la oración de Jesús y esto de una manera más clara y más próxima que en sus enseñanzas y discursos. Podemos ver la oración de Jesús, concretada en el Padrenuestro como ejemplo, representándonos a Jesús como modelo en su manera de orar. Pero podemos contemplar en la profunda hondura del Padrenuestro lo que es la salvación y conocer y descubrir en ella a Jesús como Aquel que nos trae la salvación, a Jesús como Sacramento.

La forma de la oración de Jesús nos muestra las particularidades características, que nos permiten vislumbrar algo de la peculiaridad de Jesús. Tomemos la oración del Padrenuestro tal como nos la presenta San Lucas, pues podemos pensar que es la original, y veremos que es incomparablemente sencilla y monumental a la vez. En ella no hay nada superfluo, pero tampoco hay nada que pueda eliminarse sin causar daño. El conjunto está construido con una lógica incomparable en su edificación y sucesión, que no permite reordenarla de ningún otro modo, pues un elemento sustenta al otro y lo hace comprensible. Como un edificio monumental que se eleva hacia lo alto la oración descansa sobre una piedra fundamental que es como un monolito de un solo y único deseo: “Venga tu Reino”. Esta estructura se halla consolidada por tres inmensos puntos de apoyo que son las tres peticiones en primera persona del plural (nosotros) que la hacen estar bien afincada en la tierra. Y el deseo de que Dios esté por encima de todo y sea el centro de nuestro pensar y nuestro sentir puede ser como la cúpula que corona ese edificio y la invocación al Padre como una especie de linterna en esa cúpula, que ilumina todo el edificio. Esa luz nos lleva de un lado al otro para dirigir nuestra mirada hacia lo alto y nuestra mirada en perspectiva. Lo característicamente jesuánico en la oración de Jesús se capta muy profundamente tan sólo en una sencillísima mirada de luz.

Podríamos sintetizar la oración en los dos elementos fundamentales que la integran: la invocación y el deseo de la oración. Esto se halla en las palabras “Abba, venga tu Reino”, en la invocación con la que Jesús, de una manera incomparablemente íntima y personal, mira hacia lo alto, verticalmente, hacia su Padre amado; y en el deseo experimentado en la oración que con una amplia visión de futuro contempla en perspectiva, horizontalmente, la salvación del mundo y de la historia de la humanidad, pero especialmente la salvación de cada individuo. Aquel que sea capaz de contemplar la unión estructural de estos dos enunciados tan diferentes, el que sea capaz de contemplar conjuntamente la

“mirada hacia lo alto” y la “mirada en perspectiva” que son propias de esta oración, ése habrá encontrado ya la pista de lo “característicamente “jesuánico”, de lo propio de Jesús, de lo que lo identifica.

Cuando se conoce después cómo la salvación de Dios incide en la palabra y la obra de Jesús, en su comportamiento y su destino, en su existencia y en su persona, se contemplará con mucha más profundidad lo que es propio de Jesús y dónde centra su vida. Esta característica de Jesús, tensa en su mirada hacia el mundo, hacia la historia, hacia el hombre y su salvación, pero anclada en un centro, en Dios, su Padre, su “Abba”, tendría que adoptar finalmente la forma de la Cruz. Esto nos parece lógico cuando hemos entendido bien las cosas y la identidad propia de Jesús. Es así como vemos que la llegada del reinado y del Reino de Dios, de su “realeza”, está determinada por el deseo expresado precedentemente en la oración del Padrenuestro de que Dios se muestre como soberano: “Santificado sea tu nombre”, puesto que Jesús ve al Padre, a quien al mismo tiempo contempla como fuente de bondad y amor, como grande en su santidad y gloria.

El orante no deja a un lado su mirada hacia lo alto cuando pide el pan de cada día para todos y el perdón para todos y la protección de Dios en la tentación para todos. Este es el aspecto horizontal, esta es la mirada en perspectiva sobre el mundo y la historia en la cual caminamos todos nosotros. El orante sabe que está alimentado por el Padre que lo ama, como lo están las aves del cielo, y que está vestido por El como los lirios del campo, mientras El se preocupa por proclamar la llegada del Reino de Dios, y por eso pide que todos descubran que el pan de cada día viene ofrecido por el Padre a todos nosotros, y los ojos del orante están dirigidos de manera tan intensa hacia el bondadoso Padre, que implora el perdón para el momento inmediato, para el pecado que hayamos cometido hoy, para las faltas de todos los días. La tentación no son las tentaciones múltiples, las tentaciones del placer, del dinero, de realizar nuestros propios deseos, no son un elenco de tentaciones las que pide el orante que sean borradas de nuestras mentes y corazones, sino la gran tentación de apartarnos de Dios, de no oír la palabra que anuncia el Reino, de no aceptar que nuestra mirada tenga que estar fija en lo alto y al mismo tiempo mirando la historia y la vida como campo en que Dios actúa, en último término la tentación es el peligro que hay día tras día de que la persona se extravíe y se aleje de Jesús y deje de proclamarlo. Y también esta petición se dirige a ese Dios Abba, Padre, que está por encima de nosotros con su paternidad y poder omnipotente.

Jesús proclama la llegada del Reino y exhorta con ello a la conversión, como lo hace un profeta, pero proporciona también enseñanzas acerca de Dios y al hacerlo se refiere a la conducta religiosa y moral del creyente, que debe ajustarse a la voluntad de Dios. Esto lo hace Jesús como un maestro de sabiduría. Las exigencias morales de Jesús se encuentran, pues, en sus instrucciones proféticas como en sus enseñanzas sapienciales, pero están motivadas y fundamentadas en esa confesión de fe en Dios Padre y en la proclamación del Reino que llega a nosotros. Sus enseñanzas nacen de su oración, no son como las de los rabinos de Israel que comentaban las Escrituras según unas reglas precisas.

La oración del Padrenuestro no comienza con una alabanza a Dios como toda oración judía, con una glorificación de Dios, como puede haberla en el himno del Gloria que cantamos en la misa: “Gloria a Dios en el cielo... por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te glorificamos, te damos gracias...”; la oración del Padrenuestro comienza con una petición: “Padre, que venga tu Reino”, porque santificado sea tu nombre no es en sí misma una glorificación, una alabanza, sino un deseo de que el nombre de Dios sea respetado, reconocido, considerado sagrado entre los hombres. La expresión “nombre de Dios” sustituye a Yahvé. Yahvé es el nombre de Dios, pero que no se pronuncia nunca entre los judíos. Los judíos dicen: bendito sea su nombre, alabado sea su nombre, o utilizan la palabra Señor en lugar de las cuatro letras que se leen Yahvé y que no deben mencionarse nunca. Esta costumbre judía ha permanecido en nuestra liturgia y nunca en un texto litúrgico mencionaremos el nombre de Yahvé, sino siempre diremos el Señor y nos dirigiremos al Señor o al Padre al modo de Jesús. Por lo tanto, Jesús, que no empieza su oración alabando el nombre del Señor, sino dirigiéndose familiarmente a Dios como Padre, después del deseo inicial de que sea Dios reconocido y amado por

todos, pasa enseguida a una petición explícita: “Venga tu Reino”. Claro que después podemos descubrir en esa misma petición de que llegue el Reino de Dios, que Dios es rey, que está en su trono y el deseo de que se reconozca su soberanía, su santa Divinidad, pero por encima de esto y con más profundidad aparece el deseo de que se reconozca a Dios como Padre. Este es el anhelo central de la oración de Jesús y el Padre demostrará su grandeza por su solicitud amorosa hacia el pobre y el desvalido, manifestará su majestad por medio de su clemencia y manifestará su gloria por medio de su descenso hacia nosotros.

Las tres precisiones que piden lo necesario en el Padrenuestro demuestran lo mucho que le interesa al orante lo pobre del mundo, la miseria del mundo y de la historia, junto a la majestad y la grandeza de Dios. El Dios que hace que los pobres sean los herederos del Reino, que promete a los hambrientos el banquete del fin de los tiempos y que enseña a los desconsolados de la tierra que al final tendrán una risa liberadora (Lc 6, 20ss), es precisamente el Dios que no permitirá que sus enviados desfallezcan de hambre, recordemos la multiplicación de los panes. Es el Dios que es indulgente con los pecadores, recordemos el perdón de la adúltera y la parábola del hijo pródigo, es el Dios que no permite que los hombres perezcan en sus tentaciones. Ese Dios Padre que condesciende tan benignamente, que nos ayuda, hace que su gloria se haga visible al descender hasta nosotros: la gloria se muestra como un descendimiento, el descendimiento como gloria.

Hay también una coincidencia en la proclamación que Jesús hace del Reino entre el descendimiento de Dios hasta nosotros y la gloria de Dios. 1- Jesús no presenta la salvación bautizando como lo hacía Juan el Bautista, sino por medio de su trato con pecadores. En ello se ve claramente lo diferente que es la visión de Jesús de la que tenía el Bautista; es tan diferente que Jesús tuvo que tomar distancia de él. Para Jesús, en su proclamación, la salvación es lo primero, no el juicio. El Bautista hablaba a los hombres y los invitaba al arrepentimiento de los pecados porque iba a llegar el juicio de Dios y ellos en ese momento debían estar preparados para salvarse: “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.” (Lc 3, 9) El Bautista ofrece la gracia del bautismo para la salvación ante el inminente juicio, pero Jesús anuncia la salvación que llega y que ya ha llegado y exhorta a aceptarla con fe: “Conviértanse, porque está cerca de ustedes el Reino de Dios”... “El Reino de Dios está en medio de ustedes”. Según Jesús, Dios evita que se produzca el pecado y la culpa con su gracia preveniente, es decir, la gracia de Dios nos ayuda para que no llegue el pecado y la culpa que trae consigo. Jesús se ocupa de los pecadores y se convierte en un signo eficaz de la gracia y del perdón de Dios, de tal modo que Dios se presenta en su dominio real, en su grandeza, en su Divinidad, cuando se acerca a nosotros con su Reino, cuando desciende y se anonada, de tal manera que Dios se agacha y perdona de antemano como Abba, como Padre querido, esto mueve el corazón del pecador, no la amenaza de juicio.

2- Jesús mantiene esta proclamación original del Reino de Dios como un compromiso a favor de los pecadores y vive para ellos: “Yo no he venido a buscar a los sanos, sino a los enfermos”, y vive para ellos hasta su muerte de Cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Jesús, en el momento de morir, se convierte en representante de Dios, llevando consigo el santo y siempre justo amor de Dios para cargar sobre sí, al padecer, toda la culpa del mundo, soportándola y llevándola en su corazón, para superarla amando. Las mismas palabras de Jesús en la cena hacen resaltar y expresan claramente lo que ya se indica en la oración del Señor: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros... éste es el cáliz de mi sangre... derramada por vosotros y por todos” y esto después de haber lavado los pies de sus discípulos. Pero esta humillación es majestad de Dios, sus padecimientos son su gloria, su descenso hasta nosotros es glorioso, todo esto sucede según la lógica interna de la oración de Jesús. El que perdona es el Padre, el que ama y redime por el amor de Jesús es el Padre. En el Padrenuestro está expresado todo el plan de salvación. Es en la oración de Jesús donde todo su ser y su entrega se comprenden.

El tiempo del cumplimiento de la salvación existe porque Jesús ha venido (Mc 1, 14ss), proclama la salvación y la realiza (Lc 10, 23ss). El tiempo se cumple en la palabra y la obra de Jesús, pero también

en su comportamiento y su destino, y de forma suprema en su existencia y en su persona. Con Jesús ha llegado el Reino de Dios. Jesús es el Reino de Dios en medio de nosotros.

Pero Jesús no era una figura de Mesías terrenal con pretensiones de grandezas mesiánicas y terrenales aquí en la tierra, de cualquier modo que ésta se entienda, sea en el ámbito de la acción política, profética o sacerdotal. Es verdad que por encima de la cabeza del crucificado se hallaba clavada una tabla con la inscripción “El rey de los judíos” (Mc 15, 26), pero lo que debía entenderse como una burla y a la vez como un error pudo aceptarse después de la Pascua como un título. Cuando se supo que el crucificado había resucitado y se hallaba ahora exaltado en el trono de Dios, entonces el Señor, ahora exaltado, comenzó a ser para los creyentes de modo eminente el “Ungido”, “el Cristo” y así prefirieron ellos llamarlo para distinguirlo claramente de la concepción judeo-terrenal del “Mesías”.

Muy pronto los discípulos comprendieron que no sólo el Señor exaltado a la gloria, el esperado Hijo del hombre es el Cristo, sino que también el Jesús de Nazaret que ha venido y ha sido crucificado debía ser contemplado con la majestad propia del Ungido, del Cristo. Esto lo vieron claramente los discípulos después de la resurrección, pero tiene sus puntos de apoyo en la vida histórica de Jesús. Después de Juan el Bautista El no se presentó ya como un mensajero que predecía la llegada del Reino de Dios, sino como el que hacía presente y representaba ese mismo Reino de Dios, como el absoluto y último salvador que Dios enviaba. Esa presencia de la salvación en Jesús, que se nos presentaba como lo característicamente propio de El, se fundamenta ante todo y por sobre todas las cosas en una coincidencia personal de Dios y de Jesús. Aquí hemos llegado al punto en que la Iglesia primitiva, después de la resurrección del Señor, siguió meditando y formuló su confesión de fe: “Creo en un solo Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor”. Y el punto de partida que dio origen a esta confesión de fe no lo encontramos en los anuncios proféticos de Jesús ni en sus enseñanzas llenas de sabiduría, sino en su oración, en su relación con el Padre expresada sublimemente en el Padrenuestro.

Tendrán razón todos los que digan: en el Padrenuestro Jesús ora como judío y todo judío puede acompañarlo en la oración, pues cada frase de esta oración puede interpretarse de una manera o de otra en sentido judío. Pero lo característicamente propio de Jesús no lo encontramos en las distintas partes de esta oración, sino en la forma global de la misma, en su estructura, en poner ese Padre al inicio, llamándolo Abba, en hacerle enseguida una petición de que llegue el Reino y en todo el ordenamiento de esa oración globalmente considerada. Es el Padrenuestro el que identifica a Jesús porque nos presenta a Dios llegando en su Reino, enviándose a sí mismo al mundo en la palabra, en el comportamiento, en el destino, en la existencia y en la persona de Jesús y revelándose paternalmente al mundo. Eso sobrepasa los límites del judaísmo y de toda otra religión. Tan solo el que haya intuido lo característicamente propio de Jesús en la fórmula global del Padrenuestro podrá entender en profundidad la oración de Jesús. Por otra parte, quien llega a entender en profundidad la oración de Jesús llega a entender medularmente quién es Jesús: el Hijo de Dios, el que se sabe enviado por Dios que ha llegado a El trayendo su Reino y poniendo en El ese Reino como destino de su vida.